



JOSÉ MANUEL CUADRO Y DANIELA GUZMÁN

Investigador editorial IdeaPaís
y subdirectora de estudios IdeaPaís.

ENTREVISTA

Ignacio Irarrázaval: “No valoramos como país ese bien público que es la familia”

49

Ignacio Irarrázaval (1958) atiende con premura la invitación de *IdeaPaís* para esta entrevista. En este espacio de conversación con investigadores, el destacado académico de la Universidad Católica analiza cómo nuestro país ha ido desplazando a la familia del foco de las políticas públicas. Para Irarrázaval, la solución está en tratar a este grupo esencial como una “única unidad de intervención” y no de manera individual cada dolor que la familia tiene.

Ignacio ha estado ligado por más de treinta años a la investigación y formulación de políticas relacionadas con la pobreza, probidad, gasto social y economía familiar. Actualmente es director del Centro de Políticas Públicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Gracias a su experiencia, fue miembro de la Comisión de Expertos en Pobreza (2007-2008, 2010-2011) y formó parte del Consejo Asesor Presidencial para la Reforma de las Políticas de Infancia (2006). Desde esta dilatada carrera, Irarrázaval advierte que el crecimiento económico sostenido, que permeó fuertemente el Chile de los noventa, ya no toca a la pobreza extrema: “Ellos no marchan y son los que más mal lo pasan”, explica.

– **¿Qué crees tú que debe considerar una política pública basada en la economía familiar?**

– Tenemos un problema grande como país en el concepto de familia, porque si bien se creó un Ministerio de Desarrollo Social y Familia en el primer gobierno de Sebastián Piñera, no hay una definición de familia. Hoy en día la operacionalización de familia es el hogar, quienes comparten presupuesto, lo que no permite un concepto muy claro de familia, y por lo tanto como unidad de intervención, no está claro. En general, la política pública, particularmente la política social, es muy de individuos. Si bien te reconocen el grupo familiar como cargas, o como aportante, al final es una cuestión aritmética. No estamos pensando en el bien familiar, en el bien público que aporta la familia. Yo siempre apele a James Heckman, premio Nobel de Economía del año 2000. Lo que él hace es demostrar que el ingreso esperado en el ciclo de vida de las personas, la mitad de ese ingreso esperado está explicado por lo cognitivo, es decir, lo que tú estudiaste. Pero la otra mitad está explicado por lo no cognitivo: los hábitos, tus modales, tu templanza. ¿Y quién provee todo ese 50% de lo no cognitivo?, fundamentalmente la familia. Y lo que demuestra Heckman es que los niños que nacen en familia desestructurada, o que quienes no tienen ese espacio se ven más perjudicados. No obstante, pueden haber políticas bien hechas, que compensen. No es que un niño que nace en un hogar monoparental esté estructuralmente condenado a no tener estos elementos no cognitivos; pero fuertemente lo no cognitivo lo provee la familia. No valoramos como país ese bien

público que es la familia, a pesar de que a la sociedad le interesa que los niños tengan ese elemento no cognitivo. Porque es un bien para el país y porque se van a desarrollar más plenamente.

– **Te has dedicado por varios años a enseñar “economía familiar”. ¿Podrías contarnos en qué consistía esa experiencia y qué rescatas de ello en el marco del fortalecimiento de las familias?**

– Eso fue hace bastantes años junto a mi señora Beatriz, en un programa de la Iglesia que se llamaba el “Instituto Pastoral de la Familia”. Ahí dábamos un curso que era “presupuesto familiar”. A partir de esa experiencia, vimos que buena parte de los conflictos de matrimonio o de pareja, vienen por la parte económica. De lo que nos dimos cuenta era que el tema económico en la familia no es un tema de planilla Excel, sino que es entender cuáles son los objetivos, las metas o los deseos y anhelos de la familia, y en función de eso traducir el presupuesto familiar. Porque siempre uno va a tener un presupuesto restringido por definición-, y las dificultades familiares empiezan por estas tensiones. Pero los anhelos, los deseos, las cosas a las que se aspiran no son explícitas: “quiero ahorrar para una mejor máquina de lavar”, quiero ahorrar para una cosa más superflua, “porque me encanta el fútbol y quiero ver el mundial en una buena televisión”. Lo que nosotros hemos visto es que en el fondo es construir el tema económico de la familia desde la familia, no desde la economía y no desde la tarjeta de crédito. Ese es nuestro planteamiento.

– Al día de hoy, ¿crees que hay un cambio en los patrones de consumo de las familias?

– Hay de todo. Yo no descarto el consumo “frívolo”. Es decir, si a una familia le gusta el fútbol y quieren ver el mundial en una buena televisión, creo que esa “frivolidad” es súper legítima. Pasa en todo el mundo que en la medida que los países se desarrollan, vas traspasando gastos. Por ejemplo, el gasto en alimentos va disminuyendo proporcionalmente y va aumentando el presupuesto en recreación y en otros bienes más intangibles. La recreación, la cultura y todos esos bienes, en la medida en que el ingreso de la familia va creciendo, la estructura del presupuesto se va modificando, desde necesidades más básicas a necesidades más prescindibles.

– ¿Entonces, ¿podemos hablar que el Estado tiene permanentemente un dilema entre individuo y familia?

– Claro, no se ha resuelto, y yo creo que no lo veremos resolver, porque es un tema súper complejo. Yo creo a estas alturas que una familia no parental es familia. Un hogar monoparental es familia igual que otra, y también creo que personas que se unen de un mismo sexo y tienen niños, son familia. Como católico, sigo creyendo que la base de la familia es el matrimonio, pero entiendo que existan otras situaciones. Sin embargo, hemos evitado hablar de ello. Al final del gobierno de Sebastián Piñera, hicimos toda una revisión del Registro Social de Hogares, la base de datos que usa el Ministerio

de Desarrollo Social, donde se ponderan ciertos elementos para acceder a los beneficios sociales. En ella se puede ver que el crecimiento de los hogares unipersonales es exponencial. Porque la gente se da cuenta de que en la medida que yo atomice más el núcleo con el cual vivo, tengo mayor puntaje relativo, y eso me permite acceder a beneficios. Entonces, de alguna manera, como Estado, estamos dando una señal de: “Mire, le conviene ser monoparental, le conviene atomizar a su familia, a su núcleo, porque eso le optimiza las posibilidades de acceder a beneficios”.

– ¿Cómo avanzar hacia políticas que, de alguna manera, generen los incentivos correctos y no los incentivos como el de “atomizar”, para ir fortaleciendo instituciones como el matrimonio y por consecuencia la familia?

– Políticas que apoyen a las familias son bien pocas, la antipolítica es mucha. Está el caso del Servicio de Impuestos Internos, que nos trata como individuos, lo que es bien loco. Por ejemplo, con mi señora tenemos una unidad de producción, que es el hogar, y el hogar presta el servicio a una familia, pero nos hacen tributar por separado. El tratamiento tributario de la familia, tal cual como familia, es súper importante. Por otro lado, hay un problema en la entrega de subsidios a la vivienda, que premia a los hogares monoparentales versus los hogares biparentales, para acceso. Nuevamente, es complejo, porque te van acusar de retrógrado si es que intentas cambiarlo del todo, pero en el

fondo todo está hecho para que la vivienda sea más chica, maximizar los metros cuadrados y al final todo te lleva a la monoparentalidad y a los hogares más chicos.

– A pesar de todo lo descrito sobre la “antipolítica” frente a la familia, ¿se pueden enumerar algunas políticas profamilia de los últimos treinta años?

– Yo te diría pocas, casi no las conozco. El ingreso ético familiar, si bien tenía el concepto de familia, en la práctica —dada la operatoria del Registro Social de Hogares (RSH)—, no había un tratamiento de la familia. Lo crítico está en cómo operar. Un buen ejemplo que suelo utilizar es el de los consultorios “Ancora” que tenemos en la Universidad Católica, que son Cefam. En esos centros se reconstituye el núcleo familiar con el RUT de todos sus integrantes y se hace una intervención integral a la familia. El problema con el RSH, y con toda la política social, es que se trabaja individuo-individuo. Entonces, hay un viaje de la asistente social a ver a la señora que tiene depresión, hay otro que va a ver al caballero que tiene alcoholismo, y hay otro que va a ver a los niños que van a la oficina de protección de derechos. Dado que tenemos la información, que esos RUT están, entonces es perfectamente posible juntarlos y hacer una atención integral.

Otro esfuerzo familiar interesante, con Ricardo Lagos, fue el “Chile Solidario”, un gran proyecto, que después se pasó al ingreso ético familiar y actualmente se llama “Seguridades y Oportunidades”; y eso viene de la Fundación Rodelillo, que tenía una lógica de intervención familiar. Ahí venían

53 mínimos que la familia tenía que cumplir, y se trabajaban familiarmente. Esos mínimos eran muy dispares, desde tener carnet de identidad hasta cosas más grandes como trabajo estable. Ese programa fue interesante; el mayor problema que tuvimos como país era que al operador, que se llamaba “apoyo familiar”, que visitaba a las familias, en el cumplimiento de estos mínimos se le sobrecargó, y en algunos municipios eran amigos del alcalde de turno y no tenían la suficiente capacitación para evaluar dichos mínimos.

– ¿Se podrían impulsar actualmente políticas de ese tipo?

– Tenemos la tecnología para hacerlo, no es tan difícil de implementar que exista por autodefinición, algo como: “Si usted quiere ingresar al RSH, si usted quiere acceder a la vivienda, dígame quiénes son los integrantes de su familia”. En términos de información, lo tenemos; en términos de transformación digital, podemos. La familia como unidad de intervención, yo creo que se puede manejar. Porque actualmente es una locura en municipios casos como que un hijo que está en el colegio y tiene trastornos de aprendizaje, va para un lado, el otro hijo tiene otro problema y va a la OPD, la mamá está en un programa acá y el papá o el conviviente en otro. Entonces, terminamos con cuatro especialistas, cuando en realidad la unidad de intervención debería ser la familia. No es tan complicado, algo así hacen los programas “Ancora” de la UC, donde incluso está la salud mental.

– **A partir de tu experiencia en la Comisión de Expertos en pobreza, ¿crees que aún ese segmento es prioridad para el Estado?**

– No, lamentablemente no lo es. Si bien es una proporción baja, afortunadamente, hay que ver el vaso medio lleno. Como bien saben, la medición de la pobreza en Chile es consensuada y comparable, y tiene una de las tasas más bajas del continente junto con Uruguay. Es algo de lo que tenemos que enorgullecernos. Sin embargo, también es necesario atender que en la medida que la pobreza va disminuyendo es más difícil combatirla, porque cuando teníamos 44% de pobres, el crecimiento económico también beneficiaba a esas familias pobres. Hoy en día, este segmento más pequeño que es la pobreza extrema —que es un 2%—, es muy difícil que el desarrollo económico por sí solo pueda beneficiar a esas familias, porque tienen problemas existenciales muy importantes. Por esto, es importante mantener esa preocupación, porque seguimos teniendo pobreza y hay que preocuparse de ellos, y tenemos probablemente pobreza que no está registrada, que es el tema de la migración.

– **¿Una especie de “invisibles” para el Estado?**

– No te diría invisibles, porque el RSH está, pero los pobres no marchan. Ahora vemos que resucitan la discusión del CAE y los estudiantes marchan. Pero los pobres extremos no marchan, y ellos son los que más mal lo pasan. [®]

“ De alguna manera, como Estado estamos dando una señal de: ‘Mire, le conviene ser monoparental, le conviene atomizar a su familia, a su núcleo, porque eso le optimiza las posibilidades de acceder a beneficios’ ”.